



PEPE LAVALIÁN

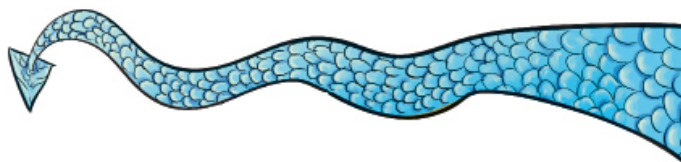
Bandidos y dragones

Raúl Argemí
Ilustraciones de Raúl Sagospe



RAÚL ARGEMÍ

Ilustraciones de
RAÚL SAGOSPE





Hacía dos días que Pepé Levalián, el caballero andante, se movía en círculos por el bosque. Había perdido el rumbo, pero no lo quería admitir y hacía oídos sordos a las protestas de su caballo, El Lento.

Dos días antes, mientras tomaba sopa en una fonda, había oído lo que un viajero contaba de Reino Lamentoso, un sitio donde la gente vivía aterrorizada por un dragón. Un dragón invencible, que se llamaba Azulón el Fiero.

Que alguien dijera que era invencible ya fue suficiente para nuestro caballero: se le presentaba una hermosa oportunidad de alcanzar la gloria, la fama, o lo que se diera primero.

Con esa convicción había puesto rumbo a Reino Lamentoso, solo que no era muy bueno para



orientarse y allí estaba, dos días más tarde, caminando más o menos en círculo por el medio del bosque.

—¡El único que camina en todas estas historias soy yo!

Protestaba el caballo de Pepé Levalián, que se había pasado toda la mañana diciéndole a su jinete que se habían perdido.

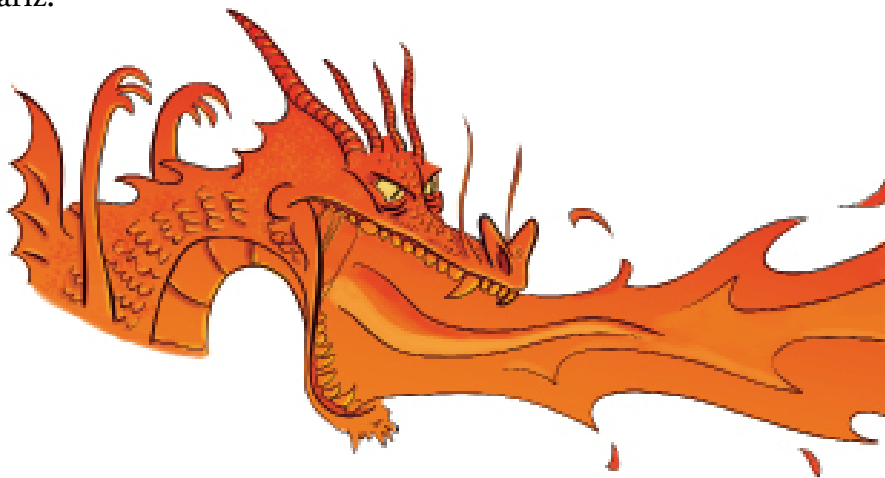
—¡Ay! Si encontráramos una encrucijada, qué feliz podría ser uno que yo me sé —murmuraba El Lento, con feroz ironía—. ¡Quiero bonitos carteles que orienten a los «cabeza hueca»!

Para los que no conocen las aventuras de Pepé Levalián diremos dos cosas. La primera, que su caballo

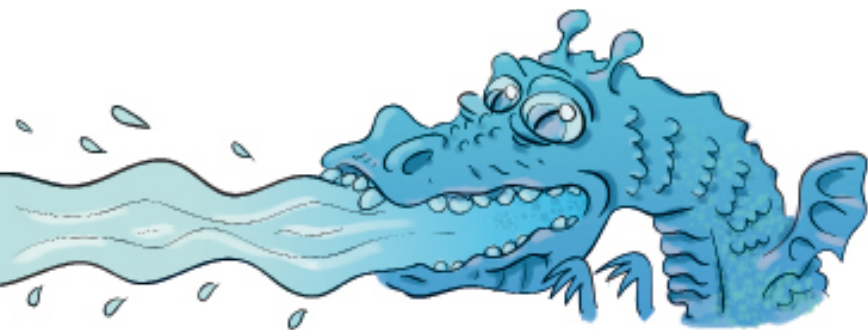
habla cuando no hay extraños delante y que se le conoce por El Lento, aunque su caballero insista en llamarlo por el que fue su nombre alguna vez, cuando era caballo de carreras: Viento Veloz. La segunda cosa es que el mundo de los dragones resulta muy complejo, y aunque se parezcan bastante unos a otros, hay que estudiar mucho para tener claras sus diferencias.

En principio, los hay de varias clases distintas: los dragones de aire, los dragones de agua, los de fuego, los que nacen y mueren en un solo sueño, los que habitan en la niebla y se evaporan cuando sale el sol, los que nadie ha visto, los que se creen gallinas y ponen huevos por todas partes, los que viven escapando de los cuentos, y los dragones que no saben de qué clase son y se portan un rato como si fueran de una clase y al rato siguiente como si fueran de otra. Esto puede volver loco a cualquiera.

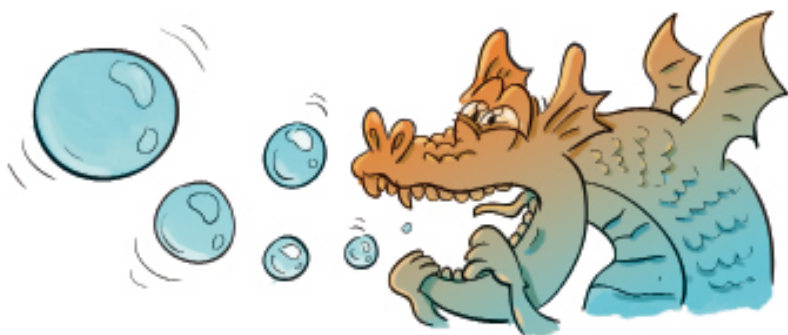
Por ejemplo, cuando un dragón de fuego se enoja, o está triste, o se ríe, lanza llamaradas por la boca y la nariz.



Por el contrario, los dragones de agua lo que lanzan son molestos chorros de agua.



Bien, ¿qué lanzan los dragones que son un rato de agua y otro de fuego? ¡Pompas de jabón! ¡Burbujas muy calientes que huelen a sopa de dragón!



Estar al tanto de cómo y quiénes son estos singulares bichos es muy difícil, especialmente para los caballeros andantes, que son gente poco estudiosa. ¿Cómo se las arreglan entonces? Lo que ahora van a saber es un secreto de caballeros que no debe ser

divulgado: sencillamente, los separan en los que tienen nombre y los que no lo tienen.

Los dragones comunes, aquellos a los que se llama «ese dragón» apuntándolos con el dedo, pueden ser terriblemente peligrosos, pero vencerlos no da fama. A esos, los aventureros los evitan. Los dragones más buscados son los que tienen nombre, como Azulón el Fiero, porque poseen celebridad propia y combatirlos o, en el peor de los casos, ser masticado, chamuscado o zarandeado por uno de ellos, al fin y al cabo, no está tan mal.

—Mi olfato me dice que vamos en buena dirección —contestó Pepé.

—Tengo hambre. ¿No podías haber conseguido un mapa del camino que buscamos? —masculló iracundo su caballo.

Hacía rato que miraba a su alrededor y, aparte de los muchos árboles tan propios del bosque, lo que se veía era una maraña de zarzas llenas de espinas, enredaderas colgantes como para que se paseara Tarzán, pero ningún prado donde pudiera darse un atracón de hierba.

—Los caballeros no necesitamos mapas. ¡Nuestro olfato nos lleva siempre al destino!

El Lento estaba por contestarle que debía de tener la nariz tapada porque estaban perdidos, cuando se oyó un grito que paralizó a caballo y jinete:

—¡¡¡Estás frito, pescadito!!!

Desde la rama más baja de un viejo árbol había saltado un hombre armado con arco y flecha, que les cortaba el paso.

No lo habían visto hasta ese momento porque el hombre, aparte de lucir una barbita y un bigote pintados con corcho quemado, vestía todo de verde. Camiseta y pantaloncito de fútbol color verde, y una boina del mismo color, de la que colgaban enredaderas de papel pintado. El camuflaje propio de un aventurero de la selva.

El hombre, que los apuntaba con arco y flecha, volvió a repetir su siniestra advertencia:

—¡Estás frito, pescadito! ¡Soy el temible Solitario Verde, terror de los viajeros!

—¡Ah...! —dijo, el caballero, muy desconcertado—. ¿Sabe? Se parece a Robin Hood.

Al escuchar esas palabras, el hombre del arco se puso furioso y comenzó a dar patadas en el suelo:

—¿Robin Hood? ¿Quién es Robin Hood?

—Uno que roba a...

—¡Alto, ni una palabra más! —dijo, tensando y destensando la cuerda del arco como si fuera a lanzarle la flecha en cualquier momento—. ¡Sé muy bien quién es ese Robin Hood! ¡Un imitador!

A El Lento no le gustaban las flechas. Entre otras cosas porque tienen la mala costumbre de clavarse donde duele.



—Saludemos y busquemos otro camino. Este señor tiene un lío en la cabeza... —susurró a Pepé.

Pero Pepé era de otra idea, porque se sabía muy bien la historia de Robin Hood, uno de sus héroes favoritos:

—Amigo Verde... —dijo, con ganas de buscar pelea—. Robin tiene bigote y barbita de pelos, pero usted se los pinta con corcho quemado.

—¡Se deja la barba para imitarme! —protestó Solitario Verde, pasándose un dedo por el bigote pintado, con tal pasión que una de las puntas se le corrió hasta la mejilla—. ¡Yo soy el mejor! ¡Lo digo y lo repito: soy el terror de los viajeros ricos!

Fue entonces, por el gesto y porque el tizado le dio un aire especial, que El Lento, que para algunas cosas es un iluminado, lo descubrió.

—¡Tarántulas y tertulias! ¡Es una chica!

—¿Qué estás murmurando? —quiso saber Pepé, que se retorció como si quisiera meter la cabeza en su ombligo, solo por mirarse en los reflejos de su abollada coraza de latas de refresco—. El señor dice que tengo cara de viajero rico.

—¡Que no, que no! —insistió el caballo—. Que no es un señor. ¡Este Solitario Verde es una chica!

La cara de confundido que se le puso a Pepé fue formidable, porque no podía entender que una chica se pintara bigotes.

Lo cierto es que, con tanto murmullo, Solitario Verde, que no podía adivinar que el caballo hablaba, creyó que Pepé le estaba tomando el pelo y dio otro paso al frente tensando el arco. Un paso con tal mala suerte que las lianas de papel que le colgaban de la boina rozaron su nariz, provocándole un repentino estornudo. Un estornudo que borró lo que le quedaba del bigote pintado e hizo que soltara la flecha.

Las flechas van rectas, pero parece que esta no lo iba tanto, porque hizo una curva, pasó por el sitio donde Pepé tenía la cabeza medio segundo antes de que El Lento se arrojara al suelo y fue a clavarse en un árbol con un ruido letal:

—¡Tuiiii-iiiiinnng!



Entonces, Solitario Verde pareció olvidarse de ellos y comenzó a aullar:

—¡Zafarrancho de combate! ¡Zafarrancho de combate! —y repitiendo este grito de alarma se largó a trotar en un apretado círculo.

Antes de que nadie pudiera contar hasta tres, del bosque salieron como rápidos fantasmas cinco enanitos con los ojos rojos, con caras de dar miedo y vestidos con camisetas y pantalones de fútbol verdes. Cinco enanitos que se pusieron a correr detrás de los talones de Solitario Verde. Cinco enanos que, en menos de lo que canta un gallo, le pusieron una nueva flecha en el arco, se lo tensaron entre las manos, le volvieron a pintar el bigote con corcho quemado y desaparecieron entre las zarzas después de colocarla en medio del camino.

Entonces, como si lo anterior nunca hubiera sucedido, bramó:

—¡Estás frito, pescadito! ¡Soy el Solitario, el terror de los viajeros ricos!

Francamente, ni Pepé ni El Lento podían cerrar la boca por el asombro.

—¡Altramuces y faltriqueras! —murmuró El Lento—. Es el solitario más rodeado de gente que he visto nunca.

Pepé, no dijo nada, pero se rascó la nariz, signo de que estaba perdiendo la paciencia. Se rascó la nariz, y

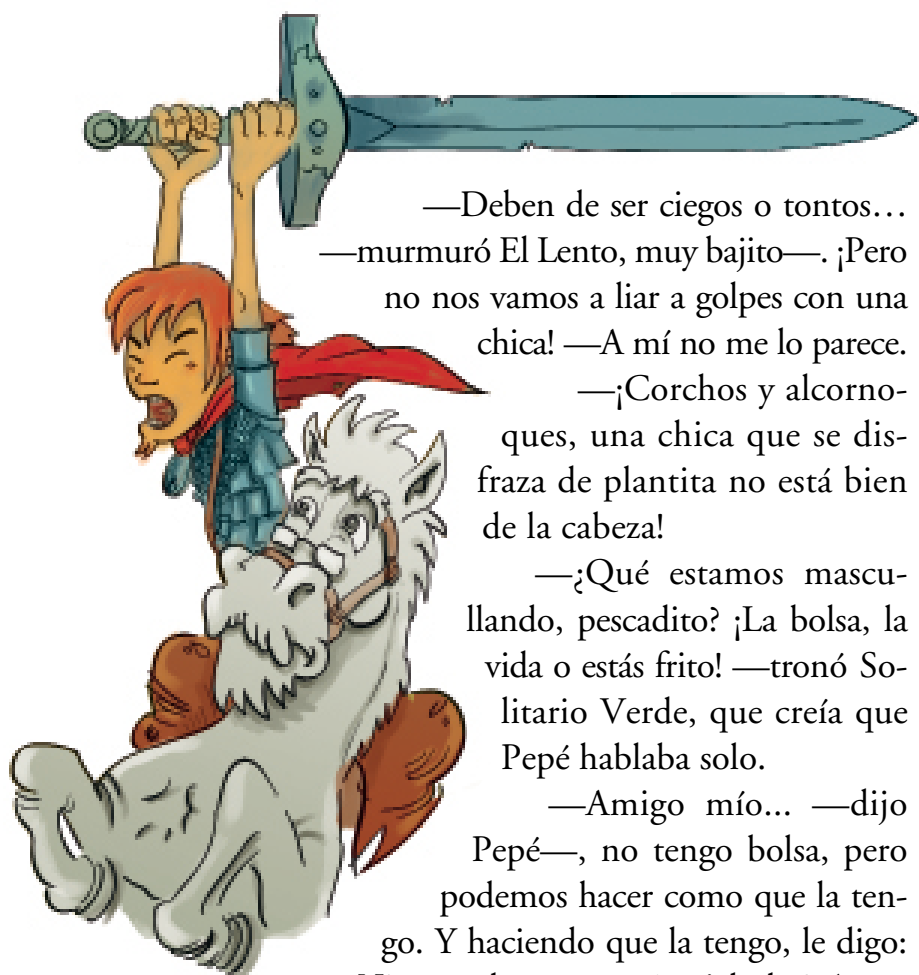
descendió de la montura, porque El Lento seguía en el suelo con la cabeza escondida entre las patas, y montar en esa posición es bastante incómodo. Se rascó la nariz, decíamos, y con mucha calma desenvainó la espada, comprobó su punta con la yema de un dedo mojado en saliva y dijo con impresionante sangre fría:

—No pincha. Juro que un día voy a afilarla.

Luego se volvió hacia su caballo:

—¿Qué te parece? Los bandidos del bosque nos han tomado por viajeros ricos. ¡Nunca me había sucedido!





—Deben de ser ciegos o tontos...

—murmuró El Lento, muy bajito—. ¡Pero no nos vamos a liar a golpes con una chica! —A mí no me lo parece.

—¡Corchos y alcornoques, una chica que se disfraza de plantita no está bien de la cabeza!

—¿Qué estamos mascullando, pescadito? ¡La bolsa, la vida o estás frito! —tronó Solitario Verde, que creía que Pepé hablaba solo.

—Amigo mío... —dijo Pepé—, no tengo bolsa, pero podemos hacer como que la tengo. Y haciendo que la tengo, le digo: ¡*Ninunca* le entregaré mi bolsa! Antes

muerto y/o apaleado. ¡*Ninunca de los jamases!*

En el suelo, sin levantar la tripa de la tierra, El Lento comenzó una sigilosa marcha en retroceso mientras gemía:

—Ay, ay, ay, ahora lloverán palos, y seguro que yo me llevaré varios.

—¿Me ha entendido? —dijo el caballero Levalián, repitiendo su extraño grito de guerra—. ¡*Ninunca de los jamases!*

Entonces todo se puso en movimiento como en una película de payasos. Por un lado, Pepé alzó su espada, listo a lanzarse sobre su adversario. Por el otro, Solitario volvió a hacerse un lío con las lianas que le colgaban de la cabeza, y la flecha se le escapó del arco rumbo a las nubes.

Pepé se dio aliento gritando:

—¡A la carga mis valientes!

Y Solitario Verde repitió como un ratito antes:

—¡Zafarrancho de combate!

Solo que esta vez, como en una emboscada altamente preparada, los cinco enanos salieron del bosque llevando balones de fútbol bajo el brazo. Rápidamente los pusieron en fila en el suelo y, mientras la mayoría se dedicaba a repintar a Solitario Verde y a colocarle el arco con una flecha nueva, el enano más bajito comenzó a chutar los balones, uno detrás de otro, apuntando a Pepé.

Los reflejos del espadachín curtido en mil empresas y muchos partidos de fútbol en el barrio, permitieron que nuestro caballero parara el primer tiro, pero... con el segundo y el tercero, el enano lo dejó fuera de combate.

Es que Pepé no pudo embolsarlo entre los brazos, y el segundo pelotazo le dio en toda la barriga, haciendo sonar su coraza como una explosión de latas. Para rematarlo, el tercero le dio en medio de la frente, re-

tumbó como si rebotara en un ladrillo, y lo dejó tendido y desmayado para largo rato.

—¡Gol! —gritó el enano lanzador, y como si hubieran ganado algún campeonato desconocido, el resto de los enanos comenzó a saltar y a gritar:

—¡Gol! ¡Gol! ¡Gol! ¡Goooooooool!

Gritería a la que se sumó Solitario Verde, que fue levantada en volandas, líder sin discusión del equipo autor del tanto.



Desde el suelo, con la nariz pegada a los pies del desmayado Pepé Levalián, El Lento pudo ver como los estrafalarios enanos, con su jefa en alto, daban una vuelta victoriosa a su alrededor y luego desaparecían en el bosque. Iba a dar un suspiro de alivio, pero tuvo que contener la respiración, porque una interminable columna de hormigas salía de entre los matorrales, justo por donde habían entrado los otros, y cruzaba el camino a pocos centímetros de su nariz.

La que iba delante llevaba un cartel:

«Silencio en el bosque ¡basta de ruidos!».

Las hormigas hablan bajito, pero si son muchas se entiende perfectamente lo que dicen:



¡Se va a acabar!

¡Se va a acabar!

¡Esa manía de gritar!

Cuando la columna terminaba de pasar ante la mirada de El Lento, la última hormiga se detuvo para decirle, con brillo de furia en los ojos negros:

—¡Nos vamos a otra parte! ¡Esto es un abuso!
¡No volveremos ni aunque nos llamen!

El Lento la observó marchar con una cierta inquietud. Tenía la certeza de que estaba olvidando algo muy importante. Y así era.

La última hormiga volvió otra vez al camino y, sonriendo con maldad, se detuvo a hacerle dos señas, una hacia arriba y otra señalándose el oído.

Intrigado, El Lento puso la oreja y pronto recordó qué era lo que había olvidado: la flecha que Solitario Verde había disparado hacia las nubes. Descendía a toda velocidad, directa a clavarse en el desparramado y ausente Pepé Levalián.

¡Horror! ¿Era el fin de Pepé?